SAN HILARIO DE POITIERS

Himnos

Liber hymnorum

SABBATISMUS

San Hilario de Poitiers (c. 310–367)
Liber hymnorum · Himnos

Texto latino: dominio público.
Traducción, alineación y edición © 2026 Inversiones San Juan Diego (Sabbatismus). Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0).

Sabbatismus es la editorial de la fundación Inversiones San Juan Diego, San Pedro Sula, Honduras.
Compuesto en EB Garamond y Cinzel.
sabbatismus.com

Lo que queda del Libro de los himnos de san Hilario

Feliz el profeta David, que el primero, con el instrumento, / anunció en himnos al mundo a Cristo en la carne.

I. Sobre Cristo Dios

¡Tú que permaneces antes de los siglos / y siempre nacido, como siempre él es Padre! — / pues sin ti, ¿cómo / puede decirse, si no es Padre, que es Padre? —

¡Dios dos veces engendrado para nosotros, / oh Cristo!, cuando naces del Dios no nacido / o cuando, corpóreo y Dios, / te engendró para el mundo la Virgen madre:

El pueblo creyente te ruega / que de los himnos escuches con mansedumbre las sonoras / voces, que a coro te canta / toda edad, oh santo, de tu rebaño.

Mientras, fiel, te ruega que con él / permanezcas clemente, el pueblo de tu nombre / en ti al Dios innascible / adora, porque permanece el uno en el otro.

Más allá de lo que puede abarcar / la mente humana, permanece el Hijo en el Padre; / a su vez, de que el Padre esté junto a él / es digno el que fue engendrado Hijo en Dios.

Feliz quien pudo por la fe, / creyente, alcanzar a fondo cosas tan grandes: / que del Dios incorpóreo / el Engendrado de Dios fue perfecto.

Cosas grandes decimos, y a Dios / verdadero: que el Progenitor, cuanto hay en él, / el esplendor de la gloria eterna, / lo ha producido entero en el Dios unigénito,

por eso el único que con razón es bueno / quiso que él mismo, lo que Dios es, sin envidia de sí, / fuera engendrado en otro, / transformándose, tal como es, en imagen viva.

En esto queda patente de Dios el verdadero / poder: aunque lo ha dado todo, no por eso / carece de aquello mismo que ha dado, / teniendo todo lo que es suyo, aunque lo ha dado.

¡Amada progenie de Dios, / con la que nace todo el esplendor del Padre! / Nada necesitó dársele a la nacida, / sino que nació a la vez cuanto era de Dios.

La luz brilló desde la luz / y Dios verdadero subsistió de Dios / verdadero; surgido, el Unigénito no tiene / otra cosa que lo que tiene el Padre innascible.

Admirable es esta obra de Dios: / que el eterno e incorruptible Dios, / que carece de comienzo, porque / poder sempiterno es lo que Dios es,

con bienes no nacidos, en los que él está, / sereno, engendrara de sí en Dios; / y así, en el Dios unigénito, / eso mismo que fue engendrado carece de comienzo.

¡Oh feliz unidad de los dos! / Y, pues el uno está mezclado en el otro, / así los dos hacen uno, / pues en los dos está lo que está en el uno.

Pero el Engendrado obedece al Padre / y permanece atento a cada gesto suyo; / y no es difícil saber / qué quiere que siga él, aquel junto a ⟨quien⟩ está el Padre.

¡Para cuán grandes bienes fue engendrado! / Pues, constituido para el punto de partida de

todas las cosas / y fundando primero los siglos, / sacó los tiempos a un movimiento eterno.

Dios, anterior a todas las cosas / —pues por él todas las cosas fueron hechas—, / cuando aún no había más que la nada, / fundó el mundo en estado corpóreo.

Pero la letra no nos permite, / por la cual a coro te cantamos Dios engendrado, / contar los sucesos que son tuyos / y a ti, nacido carne, que ya eras Dios.

A ti, Señor en todos los sentidos, / Rey de los cielos y de la gloria celestial, / que todas las cosas fundadas por ti / …

…

II. Sobre la resurrección de Cristo

...

Te engañó, cruel, el Verbo hecho carne, / y toda entera te lanzas sobre el cuerpo del Dios vivo.

Te alegras cuando lo ves colgado del leño de la cruz, / y reclamas para ti los miembros fijados con clavos.

Esta pompa tomas antes de tan gran combate: / salivazos, azotes, golpes, la caña hueca.

Iba en triunfo, consumida, oh Muerte, tu muerte, / Dios, que no sabía ser vencido por el reino del infierno.

Se enfría el estanque ardiente de la pálida Estigia, / y el Flegetonte, aterido, no sabe que hierve.

La luz surgida resplandece en la vasta noche de los infiernos; / y tiembla el cruel guardián del profundo Tártaro.

Muerte, te sientes aniquilada junto con tu ley, / cuando ves que Dios te ha sometido a ti misma.

No es caduco ese cuerpo que retienes, / y ningún derecho tiene sobre él la corrupción.

Te vence la debilidad de toda nuestra carne; / la naturaleza de la carne ha nacido junto con Dios.

Por ella subiré gozosa a los altos / cielos, resucitando con mi cuerpo glorioso.

¡Con cuán grandes esperanzas, fiel, creí en Cristo, / que, nacido, me asume en sí por la carne!

He renacido —¡oh punto de partida de una vida gozosa!— / y vivo, cristiana, según leyes nuevas.

El don perenne de Dios concede esto a los santos: / que vivan en adelante en un cuerpo conforme a él.

Retírese por fin, oh Muerte, el terror de tu muerte; / el patriarca me recibe gozosa en su seno.

Viviré, colocada en adelante en los cielos, / cierta de que la carne se sienta a la diestra de Dios.

Cristo, que has vuelto vencedor a tus cielos, / acuérdate de la carne en que naciste, la mía.

Himnos perennes con los coros de los ángeles / cantaré, resucitando gozosa en este cuerpo.

Satanás me envidió antaño en la muerte: / véame reinar contigo por todos los siglos.

III. Sobre las tentaciones de Cristo

Los gloriosos combates de la carne de Adán y de su cuerpo caduco, / en el Adán celestial, de nuevo, cantémoslos a coro, / por los que Satanás fue vencido por primera vez, en el nuevo Adán.

El enemigo engañoso de los siglos, artífice de la muerte terrible, / sembrados ya en todo el orbe sus designios de víbora, / estima que no queda para la salvación nada de la esperanza humana.

Se alegra con los altares, se alegra con los templos, se alegra con la sangre corrupta de la víctima; / se alegra con las falsedades, se alegra con los desenfrenos, se alegra con la sangre de la guerra; / se alegra de que el Hacedor del cielo sea ignorado por las naciones.

Mientras exulta entre tantas muertes de nuestra ruina, / oye que se anuncia gloria a Dios en las alturas / y en la tierra la paz de los hombres de la mejor voluntad.

Lo aterra la compañía de los ángeles, gozosa, que pregona estas cosas; / lo aterra anunciando a los pastores a Cristo nacido para la tierra, / y que de ahí vendría un gran gozo a los pueblos desesperados.

Vaga hacia partes diversas, angustiado por cosas tan grandes; / indaga, audaz, si este es alguien

digno de tal anuncio, / sin ver surgido en la tierra nada más allá de lo común.

Ve, sin embargo, que Juan predica en los desiertos, / sumergiendo en las aguas del Jordán, la penitencia a todos, / a la que ha de seguir la remisión de los pecados confesados.

Entre las multitudes que en gran número eran sumergidas, percibe / una voz del cielo que proclama: Este es mi Hijo; / ¡escuchadlo! Este es el amado, en quien me complazco.

Ve un hombre, ve un cuerpo, que había seducido en Adán; / nada más traía de lo alto la voz del honor; / sabe que un origen terreno está sujeto a la ley de la muerte.

Para tentarlo pone en movimiento muchas artes de su antiguo fraude; / busca, audaz, un tiempo que sea … / …

…

Himno dudoso. Himno sobre Cristo

Diga un himno la multitud de los hermanos, haga resonar un himno el canto; / cantando a coro a Cristo Rey, demos la alabanza debida.

Tú, el Verbo del corazón de Dios, tú el camino, tú la verdad, / tú eres llamado vara de Jesé, de ti leemos que eres el león.

Diestra del Padre, monte y Cordero, tú la piedra angular, / tú mismo eres esposo o paloma, llama, pastor, puerta.

En los profetas eres hallado, nacido en nuestro siglo; / antes de los siglos tú fuiste el hacedor del primer siglo.

Hacedor del cielo, hacedor de la tierra, tú el que congrega el mar, / y tú el creador de todas las cosas que el Padre manda nacer.

Recibido en los miembros de la Virgen por el anuncio de Gabriel, / crece el vientre con la santa prole; se nos exhorta a creer

una cosa nueva y nunca antes vista, una virgen madre. / Entonces los Magos, siguiendo la estrella, adoran los primeros al pequeño,

ofreciendo incienso y oro, dones dignos de un rey. / Pronto se le anunció a Herodes; celoso de aquel poder,

manda entonces matar a los pequeños; hizo una multitud de mártires. / El niño es llevado para ser ocultado adonde fluye el río Nilo.

Después de Herodes es traído de vuelta, para ser criado en Nazaret. / Muchos signos de niño, muchos de adulto, obró desde el cielo,

unos que están ocultos y otros que se leen, ante muchos testigos; / predicando el reino celestial, confirma con hechos sus dichos.

Hace cobrar vigor a los débiles, ilumina con luz a los ciegos, / con palabras limpia la enfermedad de la lepra, resucita a los muertos.

[En el vino que faltaba en las tinajas manda que se cambie el agua, / para unas bodas privadas de vino, con una copa que brindar].

Con cinco panes y dos peces alimenta a cinco mil / y recoge los restos de la cena en tres veces cuatro canastos;

de toda la multitud recostada obtuvo alabanza incesante. / Aprobó a doce varones, por quienes se aprende la vida.

De ellos uno se halla, Judas, el traidor de Cristo; / los enviados por Anás son instruidos por el beso del delator.

El inocente es apresado y retenido, y sin resistir es conducido; / se le hace comparecer, es acosado por falsos testigos, para ser presentado a Poncio.

Examina el gobernador las acusaciones, no halla ningún delito. / Pero cuando las multitudes de los judíos, por la seguridad del César,

dijeron que había que dar muerte a Cristo, el santo es entregado a las multitudes; / es abrumado con palabras impías, soporta salivazos, azotes.

Se ordena al inocente subir a la cruz por los culpables; / con la muerte de la carne que llevaba vence la muerte de todos.

Entonces, colgado, invoca con gran clamor a Dios Padre; / la muerte, que sobreviene, suelta los apretados lazos de los miembros de Cristo.

Los velos del templo, rasgados, se abren; la noche oscurece el siglo; / son despertados de los sepulcros cuerpos largo tiempo encerrados.

Estuvo presente el bienaventurado José; el cuerpo, ungido con mirra, / atado con un lienzo tosco, lo sepultó con dolor.

Anás, el príncipe, manda a los soldados guardar el cuerpo, / para ver si Cristo probaba lo que había prometido.

Mientras tiemblan ellos ante el ángel de Dios, vestido con túnica blanca, / por cuya blancura de gloria fue vencido el vellón de seda,

él remueve la piedra del sepulcro; se levanta Cristo íntegro; / esto ve la mendaz Judea, esto niega, aunque lo ha visto.

Las mujeres son las primeras avisadas de que el Salvador vive; / él mismo las saluda afligidas, colma de gozo a las tristes.

Y que, resucitado de entre los muertos por la diestra del Padre, / ha vuelto al tercer día, lo anuncia a los apóstoles.

Pronto es visto por los bienaventurados hermanos, a quienes aprobó; / dudando ellos de que hubiera vuelto, entra con las puertas cerradas.

Da, enseñando, los preceptos de la ley, da el Espíritu divino, / el Espíritu perfecto de Dios, vínculo de la Trinidad.

Manda que en todo el orbe sean bautizados los creyentes, / invocando el nombre del Padre, confesando al Hijo.

Por una fe mística revela a los bañados en el Espíritu Santo, / bañados en la fuente, renovados, hechos hijos de Dios.

Antes de la luz, multitud de hermanos, cantemos a coro la gloria, / por la que se nos enseña que seremos en el siglo sempiterno.

[El canto del gallo, el batir de alas del gallo presiente cercano el día; / nosotros, cantando y orando, creemos lo que ha de venir.

Y cantemos a coro sin cesar la inmensa majestad, / antes de la luz anunciemos al siglo a Cristo Rey,

antes de la luz cantando a Cristo, Rey y Señor, / y, los que creen rectamente en él, que han de reinar con él.

Gloria al Padre ingénito, gloria al Unigénito, / juntamente con el Espíritu Santo, por los siglos sempiternos].